

La ilusión realizada

Lilia del Socorro Jáuregui Iñiguez

Desde que tengo uso de razón, tuve la ilusión de ser maestra, quizá porque mi madre desempeñaba ese trabajo en el pueblo, en la escuela de niños, ya que existía otra a donde acudían las niñas. Nos contaba cómo en el verano se iba a Guadalajara, Jalisco, a tomar cursos que le permitieran desempeñar mejor su labor. Al casarse, ella ya no continuó sus estudios porque emigraron a la ciudad de Chihuahua, pero recordaba cómo fueron esos años y se le iluminaba el rostro cuando sus ex-alumnos se acercaban a saludarla, y nos los presentaba con orgullo. Sin duda esto influyó en mí para tomar la decisión de ser maestra.

Cuando ingresé a la Normal, después de acreditar el examen de admisión, me sentía fascinada y feliz. Pertenecer a la Escuela de Educadoras de la señora Avitia (Particular Incorporada) era un privilegio.

Recuerdo que el uniforme de gala era un conjunto de pantalón y saco azul rey, color que no me gustaba, pero eso era lo de menos; también vestíamos otro uniforme que sí me agradaba, aunque nos dijeran que parecíamos meseras porque era de cuadros rojos y blancos. Lo verdaderamente relevante era que disfrutaba y hasta la fecha disfruto de los estudios.

Fue una etapa en la que me descubrí como una persona valiosa y valorada; ya no estaba mi hermana la mayor, a la que constantemente las madres del colegio comparaban conmigo cuando estábamos en primaria y secundaria. Me di cuenta de que me gustaba cómo era y, aunque admiro a mi hermana por cualidades que yo no poseo, a mí me gusta como soy.

Ahí, en la Normal, desarrollé capacidades y aptitudes que no me conocía. Fue una época de descubrimiento en muchos

sentidos; de enfrentarme a nuevos retos, a diferentes maneras de pensar y de actuar. Fue una experiencia realmente maravillosa.

Pese a haber tenido muchas satisfacciones, me da tristeza no haberme salido del huacal; ahora comprendo que no hubiera sido malo. Las compañeras brincaban de alegría por salir temprano e ir al centro o al cine; y yo ni siquiera cambiaba de acera para llegar a la casa.

Un día se me ocurrió llegar con la vecina, una señora muy agradable y simpática que creo disfrutaba de mi compañía, o al menos yo sí de la de ella. No sabía que la mamá de una amiga se había encontrado a la mía y le comentó que habíamos salido temprano ¡Se ha armado un San Quintín! Me dieron una regañada... que ya no me quedaron ganas de desviarme sin antes avisar cómo, cuándo, dónde y por qué.

También en la Normal conocí la verdadera amistad, la que se cuenta con los dedos de una mano, que es como un tesoro, difícil de encontrar y conservar. Amigas incondicionales, seres que están presentes cuando los necesitas y ríen y lloran conmigo. Personas a las que puedo confiar mis secretos con la certeza de que estarán bien guardados.

A todos y cada uno de mis profesores los recuerdo con cariño; sé que les debo algo de lo que soy; ellos formaron parte de esta gran responsabilidad que representa el magisterio, ya que en manos de los maestros está un ser humano en formación y en desarrollo de todo su potencial. La experiencia adquirida con el paso del tiempo, me ha hecho ver el gran compromiso que contraí al dedicarme a la educación.

Nunca terminé de aprender y tengo oportunidad de ser cada vez mejor, no sólo en el aspecto profesional sino en todos los sentidos.

La Normal fue para mí una etapa muy bella y significativa.